

VEGETTA777

WILLYREX

WIGETTA

**Y LOS SECRETOS
DEL CUERPO HUMANO**



VEGETTA777

WILLYREX

WIGETTA

**Y LOS SECRETOS
DEL CUERPO HUMANO**

© Willyrex, 2018

© Vegetta777, 2018

Redacción y versión final del texto: Joaquín Londáiz, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

© Ismael Municio, por el diseño de personajes y portada, 2018

© Pablo Velarde, por los bocetos, la línea, el color y la creación de personajes secundarios, 2018

Diseño de interiores: Rudesindo de la Fuente

Primera edición: abril de 2018

ISBN: 978-84-270-4427-2

Depósito legal:

Preimpresión:

Impresión:

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

- 8 Dante, el gigante
- 28 La enfermedad de los pedos
- 46 ¡Empequeñecidos!
- 66 En las narices del gigante
- 86 El secreto del sueño
- 106 Batalla estomacal
- 124 Sargento Plim
- 142 El virus jefe
- 160 Un error de cálculo
- 178 Gases de fresa

DANTE, EL GIGANTE



¡Qué bien se está cuando se está bien! Aunque pueda parecer un poco absurda, esta frase es la pura verdad. Después de muchas aventuras, Willy y Vegetta habían conseguido tomarse unos merecidos días de descanso. ¡Por fin! Estaban tumbados sobre la blanca y fina arena de una playa paradisíaca en unas toallas bien mullidas. Willy tenía puestas sus gafas de sol y dormía una plácida siesta mientras escuchaba música con sus auriculares a todo volumen. Vegetta, con el sonido de las olas de fondo, saboreaba un refrescante cóctel de frutas cuando, de pronto, recibió una sacudida de arena que se cargó aquel maravilloso instante.

—¿PERO QUÉ HACES, TROTUMAN?

—protestó Vegetta, escupiendo el puñado de arena que le acababa de entrar en la boca.

—¡LO HE DEJADO AQUÍ MISMO!

—aseguró la mascota, mirando bajo su toalla de peces payaso—.

¡NO PUEDE HABERSE VOLATILIZADO!



—**¿De qué estás hablando?**

—preguntó Vegetta sin recibir respuesta, mientras Trotuman se disponía nuevamente a sacudir su toalla—. **¡No lo hagas!** —gritó, pero la petición llegó tarde y la arena le cayó encima, como si de una tormenta del desierto se tratara.

Vegetta se cubrió con los brazos, pero a Willy le dio de lleno y, como se había embadurnado el cuerpo con protector solar, quedó convertido en una gigantesca croqueta. Se incorporó de un salto y se quitó las gafas de sol, dejando al descubierto un curioso cerco sin arena alrededor de sus ojos.

—**¿Qué clase de broma es esta?** —preguntó indignado—. No estaréis grabándome con el móvil, ¿verdad?

—**¡MI BOCADILLO!**

—exclamó Trotuman como respuesta—.

¡No sé dónde está mi bocadillo!



Vakypandy, que estaba al otro lado y no se había visto perjudicada por la sacudida de arena, levantó ligeramente la cabeza con la mirada clavada en la orilla y se quitó las gafas de sol.

—¿Cómo es?

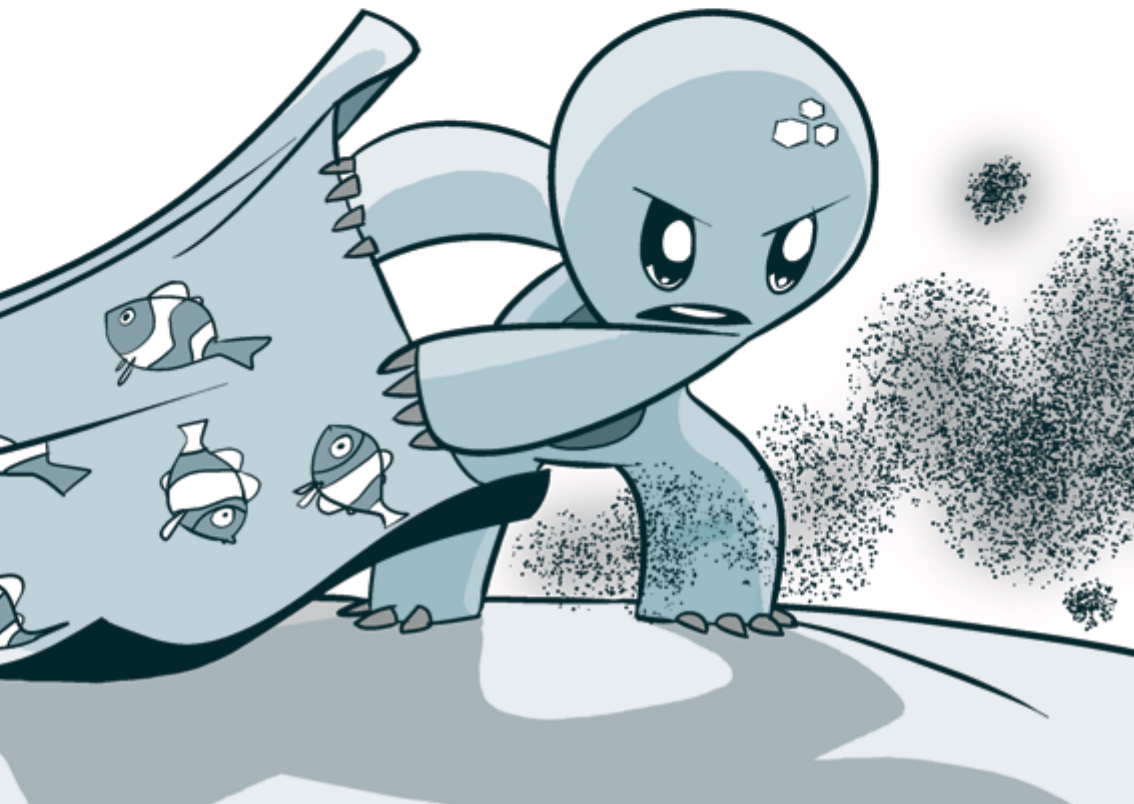
—¿Qué clase de pregunta es esa? —dijo Trotuman—. Ya sabes lo que es un bocadillo. Un trozo de pan abierto por la mitad con algo rico en su interior.

—Ya, un trozo de pan... ¿Por casualidad tu trozo de pan mide medio metro aproximadamente?

Trotuman carraspeó.

—Bueno, era un poco grande —murmuró—. Aunque no sé si llegaría al medio metro. Creo que exageras.

—¿Y estaba envuelto con una servilleta de cuadros rojos y blancos por encima?



Trotuman se dio la vuelta y dirigió una mirada penetrante a Vakypandy.

—No se te habrá ocurrido comértelo, ¿verdad?

—Sabes que nunca te haría una cosa así. En cambio, ellos...
—contestó señalando no muy lejos.

—¿A quién te refieres?

Al girar la cabeza hacia la dirección indicada, Trotuman abrió los ojos como platos. Allí estaba su bocadillo, caminando tranquilamente hacia los salientes de roca. Por un instante pensó que le habían salido patas, pero, al observarlo mejor, se dio cuenta de que unas pequeñas criaturas avanzaban alegremente con la comida a sus espaldas.

—**¡Esos cangrejos se llevan mi bocadillo!**

—gritó irritado—. **¡AL LADRÓN!**

¡AL LADRÓN!

Ninguno de sus tres amigos se movió. Es más, se sacudieron la arena como buenamente pudieron y volvieron a tumbarse a tomar el sol. No estaban dispuestos a desperdiciar ni un solo segundo de las vacaciones.

Enfurrñado, Trotuman corrió al rescate, dispuesto a enzarzarse en una dura pelea contra los cangrejos. ¿Qué llave sería más efectiva? Eran tan pequeños que le hacían dudar... ¿Qué tal la doble patada voladora? No, demasiado arriesgado: si le daba al bocadillo, podía terminar en el mar como pasto para los peces. ¿Y la llave del martillo? Tal vez fuese muy agresiva. Tampoco quería hacer daño a esos pobres crustáceos. Al fin y al cabo, solo querían comer... ¡Pero era su comida!

—**¡TRAED AQUÍ ESO! ¡ES MÍO!**

Trotuman dio un fuerte tirón, levantó el bocado y... a los cangrejos. Sus pinzas se aferraban a la servilleta como si les fuese la vida en el intento. La mascota trató de deshacerse de ellos con dos fuertes sacudidas y sonrió al ver que se soltaban. Lo que ya no le hizo tanta gracia fue sentir decenas de pellizcos por todo el cuerpo.

¡Le habían declarado la guerra!

En aquel instante, sonó un teléfono. Trotuman y los cangrejos se miraron extrañados. La melodía era inconfundible: se trataba del móvil de Vegetta. ¿A quién se le ocurría cargar con él en vacaciones? Y, por si fuera poco, ¡lo tenía encendido!

* * * * *



Era el quinto día que amanecía en Pueblo desde la marcha de Willy y Vegetta. Sus habitantes eran conscientes de que hacía mucho tiempo que los dos amigos no habían disfrutado de un descanso, y lo necesitaban. ¡Vaya si lo necesitaban! Desde el día en que vieron a Vegetta barriendo las hojas del jardín con una fregona o a Willy salir a la calle con una cacerola en la cabeza en vez de con su gorro verde, todos comprendieron que necesitaban vacaciones. Por eso, cuando dijeron que se iban unos días a la playa, nadie dudó de que era una excelente idea. Excelente... hasta que comenzaron a pensar en lo que podía ocurrir mientras ellos estuvieran ausentes. ¿Y si aparecía un nuevo virus destruyéndolo todo? ¿Y si se volvían a topar con unos dinosaurios en el puerto? ¿Y si aterrizaba una nave espacial procedente de Mimisikú pidiendo ayuda? ¿Y si...? ¿Y si...? Eran tantas las cosas que podían pasar que la gente comenzó a ponerse nerviosa. Willy y Vegetta prometieron que no irían demasiado lejos y que tendrían su teléfono móvil conectado por si sucedía algo.

A pesar de sus miedos, los habitantes de Pueblo siguieron saliendo a la calle con normalidad: todas las mañanas compraban el pan a Pantricia, desayunaban en el local de Tabernardo, iban a la peluquería de Peluardo y hacían su vida sin sobresaltos... Hasta aquel día.

El peluquero y su hermano Herruardo estaban disfrutando de un delicioso chocolate con churros de buena mañana. Se preguntaban cómo sería eso de ir a la playa, porque ellos nunca habían salido de Pueblo.

—Ya me gustaría a mí poder viajar tanto como Willy y Vegetta —dijo Peluardo mientras mojaba un churro en su taza de chocolate—. Me ayudaría a tener nuevas ideas de peinados y cortes de pelo. Si hubiesen traído fotografías de ese planeta tan lejano en el que estuvieron...

—No te confundas, Peluardo. Willy y Vegetta no van de turismo a esos lugares. Se enfrentan a criaturas peligrosas, a monstruos y a las mentes más malvadas. Los únicos pelos que habrías visto tú enfrentándote a un dragón serían los tuyos... ¡Porque se te habrían puesto de punta!

—Muy gracioso.

—Es la verdad.



Herruardo se encogió de hombros y dio un sorbo de su taza de chocolate. Él estaba muy cómodo en Pueblo. Tenía trabajo, amigos, buena comida... Todo cuanto quería podía encontrarlo allí. ¿Qué necesidad había de moverse, entonces?

De pronto, la tranquilidad se vio interrumpida cuando Norberto, el del huerto, apareció dando gritos:

—**¡ALGO ENORME
SE ACERCA A PUEBLO!**

A Peluardo estuvo a punto de salirse el chocolate por las orejas.

—¿Qué quieres decir con «algo»?

—**Algo... Algo...**

**¡NO LO SÉ!
¡NO LO HE VISTO BIEN!**

—¿Tú crees que puedes llegar aquí así como así y darnos un susto de muerte? —protestó el peluquero—. ¡Ni que hubieses visto un pulpo gigante!

A Norberto aún le temblaban las manos y respiraba con dificultad. Estaba tan pálido que hubiese necesitado varias tazas de chocolate para recuperar su color natural.

—No sé yo si será un pulpo —recapacitó el hombre—, pero grande sí que es.

**¡He visto cómo salían volando
los árboles a su paso!**

—¡Por todos los martillos, serruchos y tenazas! —exclamó Herruado—. **¿Has dicho que arranca árboles?**

**—¡COMO SI FUESEN
MONDADIENTES!**



Al oír aquello, los dientes de Peluardo comenzaron a castañear. Con el alboroto causado por Norberto, varios vecinos de Pueblo se acercaron al lugar para ver qué pasaba. Los nervios no tardaron en manifestarse entre los presentes.

—¿Qué hacemos? ¿Llamamos a Willy y Vegetta?

—**¡Ni hablar!** ¡No podemos molestarlos sin saber qué sucede! —refunfuñó Tabernardo desde la barra. Se acarició el bigote y balanceó su enorme corpachón de un lado a otro—. A lo mejor esa cosa ni se acerca a Pueblo.

Entonces se desató una acalorada discusión entre los presentes. Mientras unos sugerían que había que armarse hasta los dientes, por lo que pudiera pasar; otros propusieron observar a la criatura desde una distancia prudencial. Solo si las cosas se ponían verdaderamente feas, avisarían a Willy y Vegetta.

Tabernardo se erigió en líder y fue indicando a cada uno qué torre de vigilancia debía ocupar. Desde allí podrían observar el movimiento del monstruo y dar la voz de alarma en el caso de que se aproximase a Pueblo. Otros se encargarían de recolectar rastrillos, palas y cualquier herramienta que sirviera para defenderse. Y, por supuesto, alguien tenía que acercarse a la escuela para asegurarse de que los niños estaban a salvo.

De repente,
EL SUELO TEMBLÓ UNA VEZ.
DOS...

El improvisado cabecilla y los demás se asomaron por la puerta y quedaron petrificados. En ningún momento se habían parado a pensar que aquel ser podía desplazarse con tanta rapidez. Pero allí estaba. En medio de la plaza principal de Pueblo había un gigante.

—**¿Habéis visto qué tamaño tiene?** —preguntó Patricia, que se acababa de unir al grupo.

Si existía alguna escala para medir gigantes, este era enorme: alto y ancho como una montaña. Sus brazos eran gruesos como los troncos de un árbol y tenía una barba tan larga y espesa como una manta. Vestía una extraña casaca verde y unos pantalones marrones que le quedaban un tanto cortos. Aquello no era de extrañar, teniendo en cuenta su tamaño. Lo verdaderamente increíble era que hubiese encontrado tela suficiente para hacerse ropa a medida.

—**¿Quién de vosotros serrr el primero?**

—preguntó el gigante con un claro acento extranjero y un tono de voz tan grave que retumbó en todos los rincones de Pueblo. Además, tenía una forma un tanto particular de hablar.

Como no había muchos sitios donde esconderse, todos los presentes dieron un paso atrás.

—Esto... es... el fin —murmuró Peluardo—. Quiere comernos y está pidiendo voluntarios. ¡No seré yo el primero al que le hingue el diente!

—Ni yo —susurraron varios a la vez, dando otro paso atrás. Estaban todos tan aterrados que las piernas no les respondían ni para correr.

—**¿No haberrr primero?**
¿Nadie mandarr?

Fue Tabernardo el que comprendió lo que quería decir el gigante.

—¡Claro! ¡«Primero» se refiere al número uno! Preguntas por nuestro líder, ¿verdad? ¡Qué tontería! No sé en qué estaríamos pensando... En fin, aquí en Pueblo tenemos dos, se llaman Willy y Vegetta, pero están fuera. De viaje. Ya sabes, una cuestión de negocios...



—Si líder no estarr, **¿serr tú primero?**

—**¿Yo? ¡Oh! No, no, no.** Yo solo soy un humilde tabernero. ¿Te apetece un refresco? ¿Una cervecita, tal vez? Después de un viaje tan largo, seguro que te ha entrado sed...

—Sed, no. **¡Hambre!**
¡Dante tenerrr mucha hambre!

Tabernardo chasqueó sus dedos.

—¡Por supuesto! ¿Has dicho que te llamas Dante? Sí, claro, Dante el gigante. Tiene mucho sentido.

El gigante gruñó.



—A ver qué te puedo ofrecer... —murmuró nervioso el tabernero entrando en el local. Miró la barra: tenía churros, algunos cruasanes y magdalenas... Pero para alguien de aquel tamaño sería como echarse a la boca un puñado de pipas peladas. ¡Con eso no había ni para empezar!

—Yo *quererrr* famosas pizzas de Bru-Hut. Yo *serrr* primo de Gigante de Dos Cabezas.



—¡Anda! ¡Qué casualidad! Si es que el mundo es un pañuelo. ¿Habéis oído? Es el primo del Gigante de Dos Cabezas...

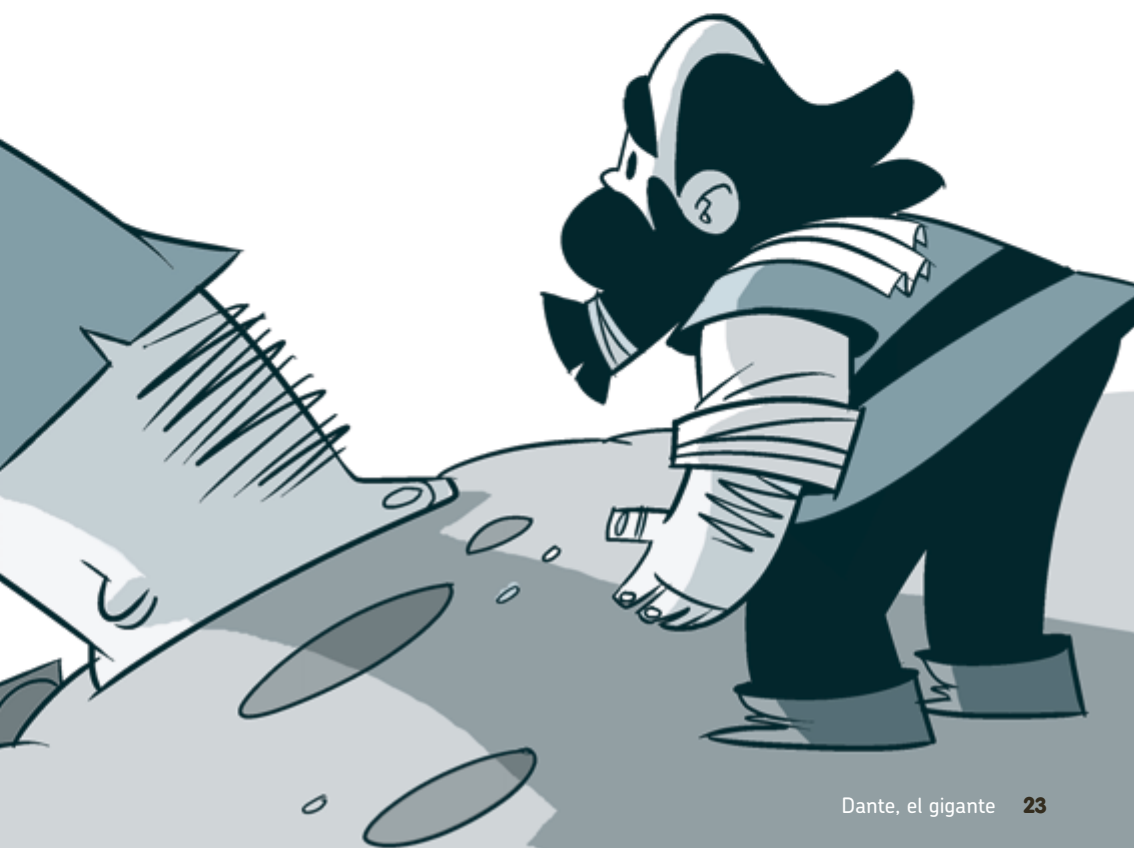
A aquellas alturas, los habitantes de Pueblo ya se habían alejado varios pasos y el pobre hombre se había quedado solo.

—**¡Tenerrr hambre!**
¡Quererrr pizza!

—Me ha quedado clarísimo, Dante —aseguró Tabernardo con todo el aplomo que pudo aparentar—. El problema es que Bru-Hut está un poco lejos... Claro, que tú llegarías en dos zancadas... Lo siento, pero en Pueblo no tenemos pizza...

Al oír aquello, la expresión del rostro del gigante cambió. Frunció las cejas, arrugó la nariz y enseñó los dientes.

—**¡Yo quererrr PIZZA!** —zanjó impaciente.



Fue entonces cuando se desató el caos. Con su pie derecho dio un golpe seco y los habitantes de Pueblo se despegaron del suelo unos centímetros. Inmediatamente después, quitó el techo del local de Tabernardo como si fuese de cartulina, arrancó la barra de un manotazo y la vació por completo en su boca. Al instante desaparecieron los churros, la bollería, las tostadas... Y también los platos, las bandejas, las tazas... Se lo tragó absolutamente todo.

—No hagas eso o te sentará mal —advirtió Tabernardo, desesperado. Aquel gigante era capaz de dejarle sin negocio en menos tiempo del que se tarda en decir «Wigetta». Y lo peor de todo era que solo quería comer pizza—. Si quieres, yo mismo te acompañaré hasta Bru-Hut.

—¡NO!
¡Yo estarr enfadado...
¡Ya no quererrr comida!
¡Ahora quererrr... destruirrr!

—Ya la hemos liado. Ya la hemos liado —murmuró alarmado el tabernero—. ¿Por qué no habremos llamado antes a Willy y Vegetta?

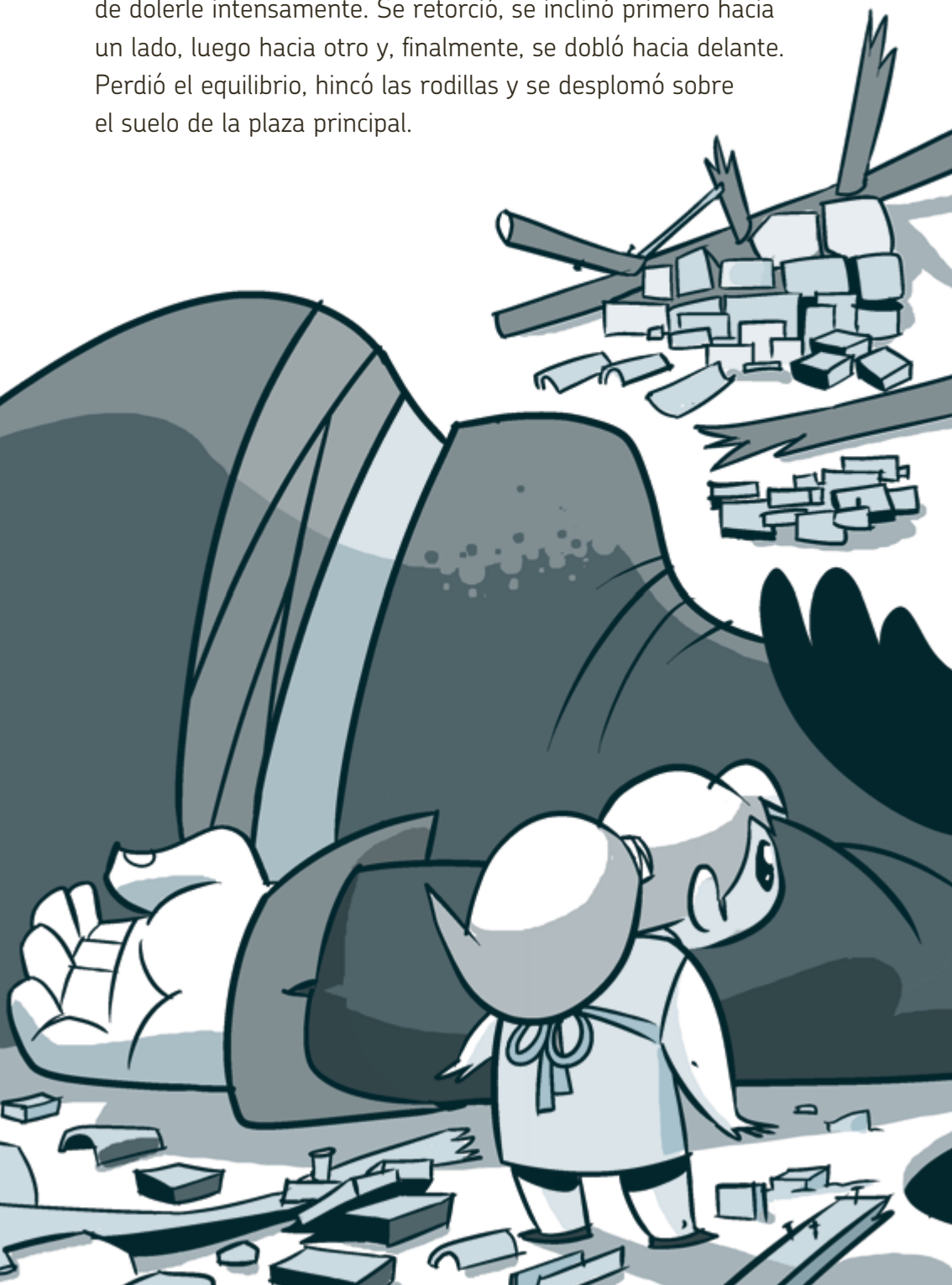
El gigante gritó. Se le veía muy alterado y la pagó con la cúpula de la Gran Biblioteca, que salió volando de un manotazo. Tabernardo suspiró al ver a Herruardo coger su teléfono móvil para ponerse en contacto con Willy y Vegetta. Pero, ¿qué podían hacer ellos? Era tal el tamaño y la fuerza de aquella bestia, que en pocos minutos destruiría la totalidad de Pueblo.

—¡VENID INMEDIATAMENTE!

—gritó el herrero, tratando de hacerse oír entre tanta destrucción.



El gigante se disponía a derribar un edificio cuando, de pronto, se llevó las manos al vientre. Por sus gestos, debía de dolerle intensamente. Se retorció, se inclinó primero hacia un lado, luego hacia otro y, finalmente, se dobló hacia delante. Perdió el equilibrio, hincó las rodillas y se desplomó sobre el suelo de la plaza principal.



Los vecinos no podían creer lo que habían visto. En pocos minutos habían pasado de la tranquilidad a la destrucción absoluta. Tragaron saliva. ¿Qué le había pasado al gigante? ¿Estaba vivo? Se acercaron con paso temeroso hasta donde estaba tendido, preparados para salir corriendo al menor movimiento.

Pero, entonces, sucedió algo inimaginable: un estruendo ensordecedor, como el estrépito de un millar de truenos al unísono, retumbó en todo Pueblo. El gigante acababa de tirarse un pedo descomunal y sus gases se expandieron a su alrededor.

